

ba. Al lugar se acercaron varios trabajadores de la zona diciéndonos que ya habían avisado a las ambulancias y que habían creído que la explosión provenía de los festejos de San Sebastián. Las ambulancias llegaron rápidamente, pero allí tumbado en el suelo se me hizo muy larga la espera. En el trayecto al hospital al pasar por una banda reductora perdí el conocimiento. Pienso que el conocer el alcance de las heridas, no sentir dolor en los primeros momentos y que no muriera nadie me ayudó a superarlo rápidamente. Luego los compañeros nos comentaron que los terroristas se equivocaron al lanzar las granadas, pensando que los coches iban en distinta posición. Gracias a esa confusión estoy hoy aquí. ¿No es para estar con-

tento que te hayan intentado matar y no lo hayan conseguido?

A partir de ese momento empieza una vida nueva y quedo muy descontento con algo que yo apreciaba y quería que era la institución de la Guardia Civil. Como decía la prensa por entonces, éramos números y como había muchos, pues poca importancia tenía uno más. Solamente me quedo con la aportación a título personal de una ó dos personas del cuerpo.

Para finalizar, quiero expresar mi apoyo y agradecimiento a todos los que trabajan para conseguir el fin de la violencia. Gracias. □

VITORIA-GASTEIZ, 16 DE JUNIO DE 2010



De izquierda a derecha: Txema Urkijo, Mariló Vera, María Jesús Oteiza, Santi Esnaola y Sabin Iza.

Testimonio de Mariló Vera

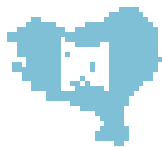
Mariló Vera nació y vive en Donostia-San Sebastián. Es hija de Jerónimo Vera, guardia civil que fue asesinado en Pasajes el 29 de octubre de 1974.

En primer lugar quisiera agradecer a Gesto por la Paz que me haya invitado a participar en sus jornadas, dándome la oportunidad de expresar libremente mis ideas. Especialmente a Isabel por su paciencia conmigo y a Inés por su comprensión. También quiero agradecer a las personas presentes por acudir.

He de indicar que lo que voy a decir a continuación son mis opiniones, siendo yo la única responsable de las mismas.

Mi nombre es Mariló y soy víctima del terrorismo. Yo no lo elegí, lo hicieron otros por mí. Soy hija del sargento de la Guardia Civil, Jerónimo Vera García, responsable del servicio de información de San Sebastián, asesinado por ETA un 29 de octubre a mediados de los años 70, unos meses antes de la muerte de Franco.

Dentro de las tendencias generales de aislamiento, desconfianza y autoprotección, un caso especial lo configura la Guardia Civil por su papel des-



tacado en la lucha contra ETA y por haber sido el colectivo profesional y humano que más odio ha concitado en el País Vasco.

Mi padre nació en un pueblo de la provincia de Murcia. Pertenecía a una gran familia, una familia humilde. Con 20 años vio la posibilidad de poder ayudar a sus padres y hermanos e ingresó en la Guardia Civil.

Mi madre, aunque nació en un pueblecito de Castilla, con tan sólo 2 meses se trasladó a vivir a Navarra donde pasó su infancia y su juventud. Conoció a mi padre y se casaron en San Sebastián. Allí nacieron sus hijos.

Cuando ETA mató a mi padre, mi madre tenía 39 años. Yo 13. Mi padre llegó a casa a la hora de comer. Charló brevemente con nosotros y nos despidió con un beso como hacía siempre cuando nos íbamos al colegio. Eran alrededor de las seis y media de la tarde. Mi hermano y yo habíamos regresado del cole. Llamaron a la puerta. Mi madre la abrió. Allí estaban dos de los compañeros de mi padre sin poder articular palabra y con lágrimas en los ojos. Supimos que algo grave había sucedido. Nos dijeron que un miembro de un comando de ETA le había disparado, se encontraba herido y había sido trasladado al hospital. Rápidamente mi madre cogió una prenda de abrigo y salió de casa no sin antes avisar a mis abuelos para que se quedasen con nosotros.

El tiempo pasaba muy despacio. No pude esperar más. Busqué el teléfono del hospital donde le habían llevado y llamé. Pregunté por el estado de la persona que habían ingresado con una herida de bala y una voz cortante, dura, seca, una voz que no olvidaré nunca, me dijo "aquí no hay ninguna persona herida, solo hay un muerto". No pude hablar más. Colgué el teléfono. Lo que sucedió después, es fácilmente imaginable.

Hacia las once de la noche mi madre regresó a casa y nos comunicó la noticia. Le dijimos que ya lo sabíamos. El silencio lo invadió todo. En aquel instante nadie habló, ni tan siquiera pudimos llorar. Empezó a sonar el teléfono, comenzó un ir y venir de personas, familiares, amigos, compañeros... Hacia la una de la madrugada todos se fueron, un presagio de lo que pasaría después.

Instalaron la capilla ardiente para todo el que quisiera acudir. Mi madre no consintió que nosotros fuésemos. Una amiga de la familia nos llevó a su casa para alejarnos de todo.

Al día siguiente, se ofició el funeral en la Catedral

de San Sebastián. Asistieron las altas autoridades de la época. Los que no pudieron hacerlo enviaron telegramas de pésame. Todos querían estar presentes. Vino el ministro de turno, generales, coroneles y no sé qué más -nunca he entendido de rangos y estrellas-; todos querían poner las medallas en el féretro. Todos querían vernos, pero sólo en aquel primer momento, cuando estaban la tele y los fotógrafos, luego, poco más tarde no recordarían ni quiénes éramos ¡Qué mala memoria la suya!

Después del funeral empezó el resto de mi vida, de nuestra vida. Los compañeros de mi padre ayudaron todo cuanto les fue posible, pero el miedo hizo que la mayoría de ellos solicitasen rápidamente el traslado a otras provincias.

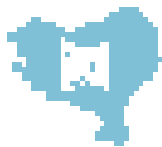
Tuvimos que volver a aprender a vivir, la vida seguía y no podíamos quedarnos quietos. Eran los primeros años. Nadie sabía cómo actuar. Las familias quedaban en el más absoluto de los olvidos. No había asistencia de ninguna clase, ni psicológica, ni social, nada. Era necesario armarse de valor y salir a la calle para sacar adelante a los hijos.

Mi madre tardó doce meses en cobrar la pequeña pensión de viudedad que le había quedado y digo bien de viudedad, no de terrorismo. Gracias a la ayuda de mis abuelos pudimos continuar.

Algunas personas nos dejaron de saludar y evitaban cruzarse con nosotros. Había miradas de cariño, de solidaridad, pero siempre mudas. Nadie hablaba. También había gente que no te miraba, te habías convertido en invisible para ellos.

En el colegio (religioso) nadie me dedicó ni una sola palabra amable. Hubo quien me señaló reprochando la profesión de mi padre. Mi compañera de pupitre en aquel entonces era la hermana de un miembro de ETA detenido recientemente. Ella sí tuvo palabras de apoyo.

El sentimiento de culpa comenzó a apoderarse de mí. Odiaba irracionalmente todo lo que tuviera que ver con el mundo simpatizante de la causa etarra. No opinaba, no participaba e intentaba no destacar para pasar desapercibida, de esta manera me dejarían tranquila. Me aislé, me convertí en una persona esquiva, amargada y sin ilusión por nada ni por nadie. Necesitaba sentirme querida y me refugié en personas de mi confianza evitando relacionarme con el resto de la sociedad.



En aquellos años, la convulsión política y social era inmensa. ETA creaba conciencia nacional y era el referente revolucionario. La crítica hacia ETA era mínima. Lo político y socialmente correcto era estar con ETA, aunque uno no quisiera o no lo viera claro del todo.

No se debía hablar con alguien que representaba la opresión del pueblo vasco. Los policías, guardias civiles, militares en general no eran personas, eran números, piezas de la represión, representaban la colonización española. Había que expulsarlos por las buenas o por las malas, vivos o muertos. Hasta la sociedad vasca que menos fanatizada estaba, asumía con total normalidad el asesinato de las personas que vestían uniforme. Se les veía lejanos y ajenos, no se les sentía como propios, eran los representantes de "la esclavitud a la que España nos tiene sometidos", eran bajas necesarias del bando enemigo para la liberación de todos. Se convirtieron en carne de cañón a la que todos utilizaron. Sin rostro, sin familia, sin historia y sin futuro. Nadie les atendió como lo que eran, seres humanos con una profesión para sacar a su familia adelante.

Mi familia es una familia normal, tranquila, con altos y bajos y que, con grandes esfuerzos, ha conseguido salir adelante. Es un ejemplo más de las miles de familias que han vivido clandestinamente, como indocumentadas. Representa el coraje de muchas familias que se tuvieron que acoplar a la marginación social y la estigmatización que una minoría se encargaba de hacer cumplir duramente.

Dicen que el tiempo todo lo cura y no es del todo incierto. No hace muchos años -2 ó 3-, algunas personas que en su día volvieron la cabeza, se acercaron a mí en un intento de lavar su conciencia por el comportamiento que tuvieron en aquel momento.

Tuvieron que pasar más de diez años para que se empezase a hablar de las víctimas del terrorismo. Diez años en los que nadie, ni gobiernos, ni instituciones, ni el propio cuerpo al que perteneció mi padre, se interesasen por la situación de mi familia (a día de hoy tampoco lo han hecho si no es para pedir documentos una vez al año. De lo demás, nada de nada.) Nadie se preocupó por cómo estábamos, si habíamos terminado los estudios, si necesitábamos algo. No les interesaba.

Actualmente la sociedad tiene presente a las víctimas del terrorismo en menor o mayor medida,

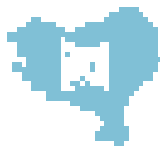
pero las víctimas de aquellos primeros años continúan, continuamos en silencio, un silencio que hemos aprendido y asumido, temiendo que aún hoy en día si reclamamos algo se nos calle por el hecho de que en aquella época, nuestros familiares asesinados eran los representantes de un sistema político dictatorial y se merecían lo ocurrido. Incluso hemos tenido que escuchar recientemente por parte de algunas víctimas, frases como: "Yo justificaba el terrorismo hasta que murió Franco, pero ahora no."

Continúo viviendo en el País Vasco. Debo confesar que, en ocasiones, me han entrado, e incluso aún hoy me entran, ganas de abandonar mi tierra e irme a otro lugar, pero considero que sería el triunfo de ETA y sus afines, y no dejaré que ocurra bajo ningún concepto. He pagado, hemos pagado, un precio demasiado alto.

La existencia de personas dispuestas a asesinar en nombre de patrias o ideas similares y la de otras dispuestas a justificar estos asesinatos, a homenajear a sus autores materiales o a no condenar esta violencia terrorista pone de manifiesto que no hemos ni estamos dando la talla a la hora de prevenir que una parte de nuestra juventud llegue a odiar tanto y desprecie la vida, especialmente la de otras personas.

Tendremos que preguntarnos cómo no hemos sido capaces de atajarlo y qué debemos hacer para conseguir que vaya desapareciendo. No se puede permanecer impasible cuando se escucha un comentario irresponsable que minimiza el impacto de esta cultura de la violencia. No se debe permitir que un adolescente, todavía controlable, pisotee los derechos de otros ciudadanos. Debemos combatir, pacíficamente, expresiones, actuaciones o ideas que son intolerables. Toda persona tiene derecho a defender sus propias convicciones, salvo que éstas vulneren los derechos de sus semejantes. La convivencia y las relaciones sociales deben cimentarse en los valores derivados de la razón democrática, fundamentalmente en los relativos al respeto de los Derechos Humanos sin excepciones. Ello lleva implícito, de manera inexorable, el rechazo firme y profundo de la violencia de naturaleza terrorista.

El terrorismo no ha escogido a una persona concreta por ninguno de los atributos que componen su condición humana, sino por lo que representa en nuestra sociedad. Todas ellas fueron asesinadas en nuestro nombre y por una causa que no les correspondía personalmente; eran



De izquierda a derecha: Txema Urkijo, Mariló Vera y María Jesús Oteiza.

miembros de una sociedad de la que también todos nosotros formamos parte. Debemos abandonar aquello que durante años ha tratado de hacer "comprensible" el asesinato porque "era policía nacional", "era traficante", "era empresario"... Aunque ellos han ocupado el centro, en la diana estamos todos. Es a nosotros, como parte agraviada e ilesa de la acción criminal, a quienes nos corresponde amparar a todos ellos.

Desde este reconocimiento surge necesariamente la solidaridad. La solidaridad con las víctimas exige una reparación "se trata de poner en marcha una acción permanente, y no puntual o coyuntural que consista en la deslegitimación radical de la violencia y en el reconocimiento explícito de que nunca ha existido justificación para ella" (párrafo 51º de la exposición de motivos de la Ley 4/2008, de 19 de junio de Reconocimiento y Reparación a las Víctimas del Terrorismo).

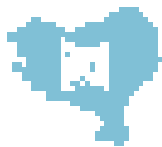
Hay que deslegitimar la violencia porque una democracia no puede permitir ninguna concesión política al terror; porque, quienes hablan a través de las pistolas se autoexcluyen de la política; porque la violencia ha pretendido negar la pluralidad de nuestra sociedad al querer diseñarla al antojo de quien empuña una pistola. La violencia tiene que ser moral y políticamente vencida. Debemos cerrar definitivamente la puerta a la utilización del terrorismo como arma política, de tal forma que nadie vea la posibilidad de una vuelta atrás. Sólo de esta manera resultará imposible que en un futuro alguien pudiera tener la tentación de empuñar un arma para conseguir

un determinado objetivo político. Sólo así podremos garantizar que para la defensa de cualquier postulado se deberá utilizar el diálogo. Sólo de esta manera, sabremos que el terror no se saldrá con la suya: han atacado a una democracia que se defiende con firmeza democrática, sin ceder a la violencia. Sólo así las víctimas sabrán que su muerte fue una horrenda injusticia reconocida y denunciada por toda la sociedad, pero nunca un medio perverso para conseguir un objetivo político. Sólo así, sentirán un real amparo de toda la sociedad.

Una solidaridad que debe atender, por supuesto, las necesidades asistenciales de las personas afectadas; que debe trabajar por recuperar la dignidad de estas personas que, para nuestra vergüenza y durante muchos años, les hemos negado mediante el más puro ostracismo; que debe realizar gestos públicos, y también particulares, que alivien su desesperanza y su fundada falta de confianza. Una solidaridad que les haga sentir el amparo y el respaldo de toda la sociedad. Sin duda alguna, éste sería el primer e indiscutible paso para humanizar nuestra sociedad, considerablemente desnaturalizada por tantos años de violencia.

Pero, además del calor humano, nuestra solidaridad se quedaría coja sin la justicia. Cuando una persona es asesinada por la voluntad de otro ser humano, es necesario que se reconozca la injusticia de que ha sido objeto, que se conozca la verdad de lo ocurrido y que se haga justicia.

Es evidente que una sociedad convulsionada por



el terrorismo durante más de cuarenta años tiene un íntimo y profundo deseo de que termine esta pesadilla. Es muy posible que en este punto este-mos todos de acuerdo, pero para empezar a pen-sar en un futuro en paz, es imprescindible que las víctimas formen parte de la memoria colecti-va de nuestra sociedad. Tenemos que sentir el peso del pasado si queremos aprender de él.

ETA nunca ha escuchado. Es absolutamente impermeable a nuestra voz. Sólo escucha a quie-nes le dan la razón y le aplauden. Sus miembros no son fríos asesinos, son peones –con tintes heroicos, eso sí– de la gran causa que les libera de la carga de soportar la atrocidad cometida.

Sería conveniente contar con la acción conjunta y unitaria en el mantenimiento de un discurso y una práctica con el fin de fortalecer y alimentar permanentemente los valores de la razón democrática, fundamentalmente en lo relativo al res-peto de los Derechos Humanos sin excepciones, consiguiendo llevarlos a todos los rincones de la sociedad vasca, sobre todo a aquellos que toda-vía resultan reacios a los mismos. Cuanto más se avance y se profundice en esta dirección, más se contribuirá a aliviar el sufrimiento de las víctimas del terrorismo, eliminando la sensación que sien-ten muchas de ellas de aislamiento y soledad o de escasa empatía para con ellas.

El reconocimiento hacia las víctimas de la violen-cia terrorista significa ser conscientes y conse-cuentes con el hecho de que ellas, las personas asesinadas y heridas, se han convertido en obje-tivos de un ataque hacia toda la sociedad. La sociedad tendrá que asumir y actuar en conse-cuencia por el silencio que durante años ha man-tenido respecto a las víctimas.

Un futuro en paz debe basarse en políticas de memoria ciudadana, concretas y activas, que rea-firmen el valor de la defensa constante de la plu-ralidad ciudadana y, en general, de los derechos y deberes humanos. Debemos exigir a la socie-dad que no olvide para que no se cometan los mismos errores, que no se mire hacia otro lado, para que los que se avergüencen sean los asesi-nos y los que se enorgullecen de ellos.

El derecho de las víctimas a la prevención de futuras victimaciones implica la educación de ciu-dadanos y ciudadanas sin odio y sin miedo, com-prometidos constantemente en la defensa de los valores democráticos, particularmente de los Derechos Humanos, y en el uso de medios democráticos y pacíficos para la consecución de

sus objetivos personales y políticos, garantizando una convivencia en libertad y justicia.

A pesar de la sordera de ETA, es necesario que sigamos diciendo NO. No hacerlo sería claudicar, tirar la toalla y aceptar lo que es absolutamente inaceptable.

Pienso que las víctimas del terrorismo han sido utilizadas por parte de un sector político, con-tribuyendo a la creencia por parte de la socie-dad de que todas las víctimas del terrorismo son radicales en su pensamiento. Asociaciones de víctimas e individuos que se han autonom-brado defensores de las víctimas también han contribuido a ello. Algunas personas han hecho y hacen uso de su condición de víctima para su propio beneficio, lo cual genera en la opinión pública la creencia de que todas las víc-timas son iguales. Nada más lejos de la reali-dad. Este colectivo es tan plural como la socie-dad misma.

Animo a los políticos, a los medios de comunica-ción y a todo el que sienta interés por conocer cómo viven, qué sienten, qué piensan las vícti-mas del terrorismo, a que hablen con ellas, con las víctimas que no salen en prensa, que no figu-ran en actos importantes, con las víctimas anóni-mas (por llamarlas de alguna forma). Estoy segu-rra que el concepto que tienen sobre ellas cam-biará notablemente. Se darán cuenta de las grandes diferencias que existen entre ellas en cuanto a reparación, solidaridad, memoria y jus-ticia. De lo mucho que agradecen que se les escuche, de lo mucho que necesitan expresar, de cómo es su día a día y de cómo sus problemas son los mismos que los del resto de la sociedad. No es bueno quedarse con el discurso de los de siempre. Es necesario abrir las puertas a nuevas opiniones, nuevas actitudes, nuevos pensamien-tos. En definitiva a nuevas personas que no tien-en que ser ignoradas por el hecho de no perte-necer a ninguna asociación.

Antes de finalizar me gustaría tener un recuerdo para las víctimas de otros grupos terroristas. En los últimos años he tenido ocasión de conocer a varias de ellas. Me he dado cuenta de que sufren y sienten igual que yo. También sufren la indiferencia de la sociedad y el abandono de las instituciones. Víctimas inocentes que, aunque tengan unas ideas diferentes a las mías, han pasado a formar parte de la dramática lista de víctimas de la violencia terrorista. Ellas también necesitan solidaridad, memoria, reconocimiento y justicia. □